

radical mantenida por Largo Caballero, las Juventudes Socialistas y el Partido Comunista. Largo Caballero no apoyó la realización de una interpelación en las Cortes al gobierno, lo que hubiese provocado dimisiones, y ello era lo que deseaba la derecha para poner en funcionamiento la insurrección militar que estaba en marcha. Todos los partidos del Frente Popular adoptaron una actitud moderada en el debate en las Cortes para no dañar al gobierno, en tanto la derecha no intervino en este debate.

Estos graves sucesos estuvieron a punto de provocar una crisis en el Gobierno del Frente Popular durante el debate en las Cortes. Ello no sucedió porque se impuso la táctica de moderación entre el sector obrerista de los grupos políticos, pactándose un acuerdo con la burguesía republicana de izquierdas.

Deseamos concluir indicando que estos estudios locales aportan nuevos matices e interpretaciones a nuestra historia contemporánea de España. Debo resaltar, además, la variedad de materiales gráficos que enriquecen la obra. Así un plano y mapa de Yeste, un amplio número de cuadros estadísticos, viñetas y fotografías.

Rosa María Sepúlveda Losa

Universidad de Castilla-La Mancha

ALPERT, Michael: *El Ejército Popular de la República, 1936-1939*. Barcelona: Ed. Crítica. 2007, 463 pp.

Este libro del profesor Michael Alpert es, probablemente, el más exhaustivo estudio del Ejército Popular de los hasta el momento realizados, pues mientras que él dirige su análisis al desarrollo global de esta institución, características más acusadas y aspectos peculiares, para ultimar en el relato de su hundimiento y derrota, otras aportaciones significativas como las del coronel J. M. Martínez Bande se configuran en trabajos sobre historia militar e historia de la guerra, más que de los ejércitos en pugna, y también las publicaciones derivadas de los trabajos especializados de Ramón Salas y Ricardo de la Cierva no constituyen un estudio global sobre el Ejército republicano, como el que sí nos presenta en esta obra Michael Alpert, catedrático emérito de la Universidad de Westminster.

El libro constituye una tercera edición, revisada, adaptada y reinterpretada en aspectos fundamentales de su contenido, del que se publicara por vez primera por Ruedo Ibérico y más tarde, en 1998, por Siglo XXI, productos todos ellos de lo que fue, originariamente, la Tesis Doctoral del autor sobre el ejército de la República en la guerra civil, cambiándose ahora el antiguo título de las dos primeras ediciones, *El Ejército Republicano en la Guerra Civil*, por *El Ejército Popular*, como se conoció al Ejército que defendió la República. Y pese a los años transcurridos, la nueva edición de Crítica viene a ratificar la importancia del texto para los estudios de este periodo, no sólo por el considerable volumen de fuentes documentales consultadas en los archivos del ejército republicano (a las que habría que

añadir la profusa utilización de prensa, folletos, entrevistas, documentación oficial y correspondencia personal), sino por las aún no rebatidas ni cuestionadas conclusiones a las que llega el autor, indispensables para conocer la historia de la lucha de los republicanos hasta su derrota y la represión de que fueron víctimas, hombres e institución, *El Ejército Popular de la República*, que merecen ser recordados.

Dos son las principales conclusiones generales derivadas del estudio: las continuas carencias que experimentó el Ejército Popular y las constantes interferencias de las tensiones políticas. Sobre la primera circunstancia Michael Alpert advierte de la continua falta de armas que afectó gravemente al ejército republicano, y no sólo por la perniciosa existencia del Pacto de No Intervención, sino también por el colapso de la autoridad republicana al inicio del conflicto y las subsiguientes dificultades para lograr una utilización eficiente de las reservas de armas existentes o producción suficiente y fiable de armas en la retaguardia de la República (p. 343). Las carencias también afectaron al número de oficiales y suboficiales profesionales, lo que se tradujo en el hecho de que los puestos de mando fueran ocupados por hombres sin conocimientos militares y no capacitados para el mando militar por su falta de experiencia de combate. Y es aquí donde a las carencias técnicas y humanas se une, inevitablemente, la naturaleza política de la guerra civil española, una naturaleza que explica también, en parte, la continua presión de las cuestiones políticas y la propia politización de un ejército que, cuando ya había alcanzado un nivel profesional, a fines de 1938, explicita el autor, ya era demasiado tarde. Porque desde sus inicios el Ejército Popular se vio sacudido internamente por las identidades ideológicas comunistas y anarquistas que pugnaban por su monopolio e influencia, y “el temor que sentían unas organizaciones por otras debilitó la disciplina del Ejército así como su cohesión y potencia de lucha” (p. 345).

En cualquier caso, y a la luz de la consulta de nuevas fuentes soviéticas analizadas por el autor (*Spain Betrayed*, entre otras) y los recientes estudios realizados por Kowalsky en su revisión crítica sobre la Unión Soviética y la guerra civil española, hay que matizar la tópica idea de la exagerada extensión del poder comunista dentro del ejército, sobre todo porque la prueba de que no tenían tanto poder fue el éxito de la sublevación de Casado en marzo de 1939 (p. 238), así como que muchísimos militares que se inscribieron en el PCE únicamente lo hicieron por las especiales circunstancias de la guerra (p. 239), al tiempo que hay que señalar que “los asesores comunistas soviéticos no se ocuparon realmente de los problemas políticos, sino sólo de la resistencia al enemigo” (p. 257). Una resistencia obstaculizada por la falta de disciplina en un ejército formado, en su gran mayoría, por reclutas y no “probablemente no por su gusto”, sobre todo a partir de las retiradas de la primavera de 1938.

Michael Alpert alerta en su texto de las dificultades inherentes en la dirección de un ejército revolucionario, el republicano, “que se creó a partir del caos de una situación revolucionaria y que se vio obligado a improvisar, pero al que le faltaron las restantes características de los ejércitos revolucionarios, la voluntad común, la disciplina gustosamente aceptada, una gran proporción de voluntarios y la audacia del mando” (p. 346). A

lo que habría que añadir que el ejército republicano no combatió, en ningún momento, según Alpert, a un enemigo minado por la decadencia. Incluso el autor, en su magistral y encomiable afán de ajustar la verdad histórica al rigor de la documentación exhaustivamente consultada, y dejando los tópicos y mitos relegados a la acción literaria de ficción, donde legítimamente pueden ser instrumentalizados, pero no en un riguroso análisis histórico, como el que caracteriza a este texto, nos demuestra que la acción internacional antifascista de las Brigadas Internacionales no sólo fue insuficiente en cuanto a influencia extranjera, y en ningún momento una proporción significativa del ejército republicano –por lo que la guía estratégica y táctica extranjera resulta una fantasía de la imaginación de comentaristas tendenciosos (p. 348)–, sino que fue minada en sus efectivos humanos que, aunque combatieron valerosamente, sufrieron dice el autor una “cantidad intolerable de bajas” (p. 253), ocasionándole enormes pérdidas tras las demoledoras sangrías de las Batallas de Brunete y Belchite de 1937, y de Teruel en 1937 y 1938.

La muy importante aportación de solidaridad y la conciencia de que la República no había sido totalmente abandonada que imprimieron los brigadistas a la contienda española chocaba con la errónea estrategia de tratar a los internacionales como unidades de choque, como si en realidad tuvieran la capacidad y el armamento militar de la Legión. Y nada más lejos de la realidad, como demuestra en su análisis el profesor Michael Alpert y el reciente trabajo de Skoutelsky sobre las Brigadas Internacionales, porque si bien ayudaron a levantar la moral de las tropas de la República, y dieron ejemplo de solidaridad, de altruismo y de heroicidad, “no eran gladiadores fogueados en la guerra, ni se encontraban bien pertrechados de material ni sus generales eran maestros del arte militar” (p. 253). Si a todos estos elementos ya expuestos añadimos errores de estrategia y táctica, que se empezaron a cometer aún antes de la creación del Ejército Popular (presencia naval en el Estrecho de Gibraltar, mal empleo de la Aviación, abandono de Mallorca a los sublevados, etc...), demora en la movilización general, operaciones pro activas del Ejército republicano sin suficiente cobertura aérea (lo que implica considerar la contribución soviética al esfuerzo de guerra de la República, que no desarrolló una política de refuerzos del arma de Aviación semejante a la que realizó Alemania), sin logística tan eficaz como la del enemigo y sin un suficiente nivel de formación entre los mandos de sección, compañía y batallón, entenderemos muchas de las claves de la derrota y posterior hundimiento del Ejército Popular de la República, un hundimiento que no pudieron evitar las sacrificadas milicias republicanas que no llegaron a constituirse en una verdadera revolución militar, concluye Michael Alpert, y cuyos jefes militares fueron incapaces de salvaguardar con una Aviación que comprendiese la colaboración aire-tierra, tan esencial para la victoria. Pese a las limitaciones del Ejército republicano, expuestas en el texto por el autor con gran objetividad, comedida crítica y cumplida consideración académica hacia tesis historiográficas caducas que, paulatinamente, va desmontando, su juicio sobre la visión equilibrada de tal Ejército le lleva a la conclusión de que “no sólo fue un episodio fascinante e importante de la historia contemporánea de España y de Europa, sino también uno de

los más admirables y que acabará por gozar, al menos, de la respetuosa consideración que sus oponentes le negaron tras la derrota” (p. 354).

Todas las problemáticas apuntadas y muchas más, no menos interesantes y decisivas en el estudio de la institución militar republicana, y que atraviesan el núcleo fundamental del texto de Michael Alpert, están estructuradas en 11 capítulos distribuidos en tres bloques analíticos: el primer bloque contiene, a modo introductorio, el análisis del ejército antes de 1936, apartado donde el autor señala que los dos ejércitos de la guerra civil se enraizaban en modelos castizos militares, siendo desgajados del tronco antiguo del ejército español. A este primer capítulo siguen los dedicados al estudio de las fuerzas militares y paramilitares en el 18 de julio de 1936 e inicial periodo miliciano (de julio a diciembre del primer año de guerra). Sobre estos elementos analíticos interesa resaltar la opinión de Alpert sobre la pérdida de oportunidad de las autoridades republicanas en la utilización de un núcleo relativamente fiable de hombres entrenados (Guardia de Asalto y Carabineros) como armazón de un nuevo ejército. También los comienzos del ejército republicano, que pueden fecharse claramente el 3 de agosto de 1936, a partir de la organización de las fuerzas constituidas por batallones de voluntarios a cargo de la Junta central del Reclutamiento formada, entre otros, por el político murciano Mariano Ruíz Funes (entonces Ministro de Agricultura) y cuyo ámbito de actuación iba a incluir las provincias de la España republicana excepto Cataluña, el País Vasco, Santander y Asturias. Advierte el autor que “las fuerzas centrífugas de la revolución española habían impelido ya a esas regiones a actuar con independencia de Madrid” (p. 39). Pero a pesar de los batallones de voluntarios, eran claramente las Milicias quienes estaban llevando el peso de la lucha, por lo que interesaba al gobierno su control, que empezó a hacer con la Inspección General de Milicias, el 8 de agosto de 1936, y a dirigir su militarización. Milicias cuyo reclutamiento se hacía entre jóvenes con oficios no especializados y no entre hombres casados con empleos de categoría superior. Estos datos y los proporcionados por los registros de la Comandancia Militar de Milicias permiten sostener a Michael Alpert que “no sería correcto hablar de masas lanzadas a enrolarse en las Milicias” (p. 43), o lo que es lo mismo, “las Milicias no pueden ser descritas como <la nación en armas>” (p. 65).

El balance de ‘luces y sombras’ del periodo de las milicias dejó claro, hacia octubre de 1936, que España estaba empeñada en una guerra civil y no en un mero golpe militar con focos diseminados. Y que era absolutamente indispensable militarizar totalmente las Milicias y establecer un ejército sobre bases adecuadas pero sin estructura revolucionaria. En efecto, la fidelidad a la tradición y la burocracia dominante en el Ministerio de Guerra conllevaron la construcción de, probablemente, el mayor ejército de toda la historia de España, con una estructura de tipo clásico, “pero apenas había alguien en el Ejército Republicano que tuviese experiencia práctica de esa estructura en una guerra sobre el terreno” (p. 91).

Tras el primer bloque que se cierra con esa fase de militarización que acabamos de señalar, es en el bloque segundo donde el autor se nos manifiesta como uno de los máximos expertos en los temas abordados, los capítulos 5 al 7, que analizan, sucesi-

vamente, el estudio de los militares profesionales del ejército republicano, el nuevo cuerpo de oficiales y el papel de los comisarios políticos. Las radiografías de las aptitudes militares de los profesionales del ejército republicano se entrecruzan con las presiones políticas del momento que ayudan a comprender decisiones y operaciones militares no exentas del correspondiente debate político en la época tratada, al tiempo que la ‘lealtad geográfica’, en uno y otro ejércitos enfrentados, debe ponderarse al hilo del análisis de casos registrados por las fuentes que remiten más a la ineficacia que a la pura ‘traición’.

Por último, el tercer bloque, tiene como cometido la descripción de la política y preponderancia comunista en el ejército, los aspectos militares de los brigadistas y el papel y significación de asesores y material rusos: con las pruebas con que contamos, manifiesta el autor, no nos es posible saber hasta qué punto imponían sus opiniones los asesores a los oficiales españoles (p. 263), si bien su control de los tanques y la Aviación impidió el desarrollo de una estrategia integrada (p. 288). También este último bloque acomete el análisis de la importancia del SIM, reorganización del ejército desde mediados de julio de 1937, actuación de guerrillas, rebelión de Casado y, por último, la rendición y sus consecuencias.

Sobre este último aspecto, el vaciado por el autor de las fuentes documentales inglesas del *Foreign Office* le permiten referir que los acontecimientos posteriores al intento de Casado de firmar negociaciones de paz con los sublevados pondrían al descubierto, entre otras circunstancias, lo acertado del análisis del cónsul inglés en Burgos, Mr. Jerram, quien señalaba, el 29 de marzo de 1939, que “aunque el haber servido en el ejército republicano o la simple pertenencia a organizaciones prohibidas que se habían opuesto al alzamiento no implicaba responsabilidad *criminal*, <no hay ninguna garantía de que (los procesados) no sean castigados de otro modo como delincuentes políticos>” (p. 332). De hecho, el trato de los ‘nacionales’ a los prisioneros siguió las directrices de la concesión de Franco: “*Los soldados rasos, sobre todo si su quinta había sido llamada a filas, fueron normalmente puestos en libertad tras una investigación. Los voluntarios, ascendidos y oficiales fueron condenados a penas de prisión. Los jóvenes reclutas republicanos fueron enrolados de nuevo en el Ejército Nacional para que cumpliesen su servicio militar. Los dejados en libertad de regresar a sus hogares tenían que enfrentarse a la posibilidad de ser denunciados por «responsabilidades sociales y políticas» que podían acarrearles largas condenas o incluso la muerte...*” (pp. 334-335). Y respecto a los oficiales profesionales, incluso los de antecedentes conservadores que no habían servido a los <rojos> durante mucho tiempo, “*las sentencias fueron dictadas y cumplidas, al menos en parte, y las carreras de los oficiales resultaron arruinadas. Se estaba muy lejos de la esperanza de Casado de que los oficiales republicanos que no hubiesen cometido delitos comunes conservaran sus empleos*” (p. 341).

El bloque tercero finaliza con las valiosas conclusiones generales a las que hemos dedicado gran parte de esta reseña y, finalmente, el volumen se cierra con un rico y abultadísimo apartado de Apéndices que ocupa desde la página 355 a la 433, y que constituye

una valiosísima información que seguro servirá a estudiosos y futuras investigaciones en la tarea del estudio del Ejército Popular de la República, tarea generosamente desbrozada en esta obra de Alpert, escrita de forma ágil y concisa, con un lenguaje liberado de tecnicismos para que, como expresa el propio autor en el Prefacio, pueda servir tanto al lector interesado como al estudioso especialista, objetivo ampliamente conseguido.

Carmen González Martínez
Universidad de Murcia

MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo; PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo; SZILÁGYI, István: *La batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956*. Madrid. Actas. 2006, 296 pp.

Los autores abordan uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia de Europa en la segunda mitad del siglo XX: la revolución húngara de 1956 y su derrota por parte del ejército soviético, hechos que transformaron en buena medida la dinámica interna del llamado bloque socialista y cuestionó la imagen de la Unión Soviética aceptada –no sólo por la izquierda internacional– como una alternativa razonable al modelo liberal-capitalista, por más que –en un primer momento– muy pocas voces se alzaran para cuestionar la intervención soviética.

La obra no es un mero relato de un enfrentamiento armado como pudiera indicar su título, sino que presenta aquél en su contexto histórico. Para ello, los autores han accedido a fuentes de primera mano inaccesibles hasta fechas muy recientes como el llamado «expediente Yeltsin» que permite seguir el desarrollo de los acontecimientos desde la perspectiva soviética, así como de fuentes documentales y bibliográficas húngaras.

Los antecedentes de la crisis húngara se sitúan en el proceso de soviétización que sufrió el país tras la Segunda Guerra Mundial y al que está dedicado el primer capítulo del libro. Este proceso tuvo lugar bajo la denominada «práctica del salchichón» que permitió al partido comunista eliminar paulatinamente al resto de las fuerzas políticas de acuerdo en una práctica habitual en el resto de los países de la Europa del Este donde la URSS logró establecer regímenes satélites –o hermanos, según la propaganda–.

El caso húngaro resulta particularmente ejemplar porque en este país se estableció uno de los regímenes más férreamente estalinistas que, siguiendo los pasos del dirigente soviético, promovió un estado de terror entre la población, donde la represión alcanzó incluso a dirigentes del propio partido comunista como Laszlo Rajk, cuyo proceso y ejecución siguieron fielmente el modelo de las purgas estalinistas de la década de 1930. Todo ello provocó el descontento entre una población sometida también a las graves carencias materiales por los efectos de la colectivización forzosa de los medios de producción y en la cual pervivía un fuerte sentimiento nacionalista que hacía sentir la presencia soviética